

***Que me busquen en el río: el libro de una historia sin fin*¹**

Giobanna Buenahora Molina
Universidad del Valle

*¿Adónde van los desaparecidos?
Busca en el agua y en los matorrales.
¿Y por qué es que se desaparecen?
Porque no todos somos iguales.
¿Y cuándo vuelve el desaparecido?
Cada vez que lo trae el pensamiento.
¿Cómo se le habla al desaparecido?
Con la emoción apretando por dentro*
Rubén Blades

En 1990 el municipio de Trujillo (Valle del Cauca) vivió una masacre sistemática que tuvo su máximo clímax de horror del 31 de marzo al 23 de abril, cuando un contingente de militares y paramilitares desaparecieron cerca de 30 personas - campesinos, trabajadores y al párroco de la población el padre Tiberio Fernández-, en la cruenta guerra que libraban con sectores de la guerrilla colombiana. En esta masacre confluyeron todas las formas de violencia, desde la violencia política represiva hasta la limpieza social; desde la violencia guerrillera hasta la delincuencia común y el narcotráfico; desde la vinculación del Estado con sectores al margen de la ley hasta la criminalización de la protesta social. La guerra arrasó poblaciones, colándose en la cotidianidad, replicándose en la intimidad del hogar y borrando a los seres humanos que por una u otra razón experimentaron el milagro de que sus cuerpos no fueran asesinados, pero hay muchas formas de generar la muerte: el miedo, el hambre y el silencio, son ejemplo de ello.

Isabel, la narradora de la primera novela de la escritora caleña Adelaida Fernández, *Que me busquen en el río*, conoce de esto. Sabe lo que es ir muriendo lentamente con el cuerpo intacto, una muerte que

¹ Adelaida Fernández Ochoa, *Que me busquen en el río*, La serpiente emplumada, Bogotá. 2006. 210 páginas. Finalista Premio Nacional de Novela del Ministerio de Cultura de 2006.

pretende acabar con la memoria y la voz, y ellos los profesores sindicalizados del Colegio de Trujillo, no saben qué decir. Por esta razón la narradora aplica la estrategia conversacional de Amo – Siervo, pero en un régimen del horror hasta una interjección puede ser tomada como una opinión política; por eso es mejor el silencio, ni siquiera asentir con la cabeza es una salida. Así, Quintero, Bernarda, Benito, Berenice y Catalina, sus compañeros de trabajo, optan por analogías que poco o nada le dicen a los estudiantes, que para nada ayudan en el ejercicio reflexivo sobre la situación, pero es mejor no pensar y dedicarse a repujar tarjetas o a hacer reinados para mejorar la cancha de básquetbol.

Ella, una simple maestra de secundaria, que viaja todos los días desde Cali hasta Trujillo, espectadora de la masacre, realiza – en las 210 páginas que componen el libro - una detallada descripción de la realidad, pero no desde el ejercicio mimético de retratar las muertes o la posición de las víctimas. La narradora habla desde su interioridad; lo que se posiciona es el conflicto entre su ética docente y el temor ante la muerte, su muerte y la de sus amigos. Porque *la verdad está en el drama individual y no fuera de él.*

Qué hacer cuando asesinan a aquellos con los cuales se comparte el día a día, la solidaridad de una sombrilla para cubrirse del sol en las largas caminatas para encontrar transporte; la complicidad femenina ante la impotencia de Catalina por la desaparición de Gerardo; el miedo al progreso de los acompañantes en la barca, porque trae la muerte; la largas conversaciones con Mauricio y la preocupación de la madre de éste, pues el único trabajo es ser ayudante en un camión que transporta cocaína; la inocencia de las hijas de Clemencia; la ayuda del Padre Tiberio en la organización de las cooperativas para los campesinos; y por otra parte, el miedo a no regresar, no ver más a su hija y su esposo. Por esto paga una fuerte suma de dinero para obtener su traslado a Cali, justo después de la muerte de Quintero.

La novela, que no está dividida en capítulos, conserva ciertos rasgos que la unen a la corriente de la escritura de mujeres latinoamericanas. Esa profusión en el habla, que nos obliga a leer la obra sin descanso, hace pensar en una conversación que exige una participación activa de los lectores en el entendimiento de los saltos narrativos, la entrada de los

diálogos, el cambio de la voz: Es un texto plurisemico que se construye a partir de un discurso fragmentado, metafórico, elíptico y simbólico. Es en este sentido que hablamos de una identidad con las autoras de la región, pues Isabel aparece “como agente de su propia significación y de la misma manera que, en cuanto sujeto político, contribuye a forjar la historia” (Martínez: 2003)

El cuerpo de las mujeres siempre ha sido un sitio de la guerra, botín simbólico para los diferentes actores armados que ejercen su poder de intimidación. Cuando Julieta desaparece del colegio durante una semana, doña Clemencia – la madre – acude a Isabel y al resto de las profesoras de la institución, no hay dónde buscarla, ni a quién preguntarle. La adolescente regresa y su única respuesta es que estuvo con un “man” en la montaña. Y allí se instaura el temor a un embarazo no deseado; ella quiere estudiar matemática o física, cumplir sus sueños. Lo que puede presentarse como una simple anécdota de una joven rebelde, encierra todas las vejaciones a las que se ven sometidas las mujeres durante los periodos de violencia: acoso, hostigamiento para que atiendan las labores domésticas o para que presten favores sexuales, violación, la orfandad y la viudez. La prostitución forzada es uno de las acciones más frecuentes de los grupos armados; se llevan a las mujeres por unos días para que ejerzan la prostitución y luego las regresan a su comunidad.

Lo interesante de esta situación en la novela es que desde la madre, Julieta, y todas las profesoras del colegio, se instaura un acuerdo tácito sobre la posibilidad del embarazo: el aborto. Sin necesidad de hablarlo ellas apelan a *la frecuencia de onda desde una dimensión de nuestro Ser Femenino, cuando nos comunicamos de mujer a mujer...al Gran Libro de Nosotras*. La narradora evidencia su aprobación a la interrupción voluntaria del embarazo, y quién no en tiempos de guerra, en los cuales la obligación de la mujer es ceder su cuerpo para el beneficio y desahogue de otros, *téngase en cuenta que a nadie le duele más la inmólación del cordero que a la propia carne, que a la gran extensión de las entrañas. En condiciones de dignidad o en las que nos merecemos, se hará, entonces serán menos hijos para el hambre y la violencia, ¡agradezcan!, y en fin ¿Por qué de quién es el cuerpo y la obligación?* (Pág. 145)

Que me busquen en el río, bien puede catalogarse en la línea de la novela de la violencia, o mejor de la literatura crítica de la violencia, que a partir de la segunda mitad del siglo XX se aleja de la anécdota y se preocupa por mostrar el conflicto desde adentro, desde las miradas de esos otros que escuchan la muerte, pero tienen que dar la espalda. Este tipo de novelística, de la cual es un magnífico ejemplo la novela de Adelaida Fernández recrea “el estado del alma en vilo de los actores a través de sus pocas o muchas reflexiones en torno a esas fuerzas descontroladas e irracionales que se imponen sin ningún control moral” (Escobar Mesa: 2000).

La preocupación en la obra está determinada por la manera de narrar, por no establecer una posición moralista, ni una visión de juez; es así como en *Que me busquen...* el discurso oralizado de Isabel nos permite acercarnos a la historia desde el drama individual que se vuelve colectivo, en tanto la violencia es asumida como un elemento desencadenante que envuelve no sólo a Trujillo sino al país por completo.

La vida nacional se cuele por pedacitos, las muertes de Pardo Leal, Bernardo Jaramillo Ossa y Carlos Pizarro, todas en 1990, militantes de la UP y del M-19. Pizarro, el comandante papito, el que creyera de corazón en el perdón y el olvido, pero sólo recibió a cambio tres impactos de bala: *Carlos Pizarro, bella flor, caballero de fina estampa, un lucero que sonriera bajo un sombrero más hermoso ni más luciera, caballero, te dedico esta canción póstumamente* (pág. 63).

La novela de Adelaida Fernández logra que en ella confluyan las diversas formas de impunidad. Las formas de terror, generales e individuales, evidenciadas en la aprensión al río; no poder observar el paisaje, la imposibilidad de disfrutar de una clase de educación física a la orilla del río porque se corre el riesgo de exponer a que asesinen a los estudiantes por equivocación; la desinformación como estrategia de alienación, así el único informante es Efrén y esto entraña el cuidado en qué se dice y cómo se dice; la intimidación, la impunidad, quien da información sobre los desaparecidos es un paisa que ha hecho de esto un lucrativo negocio; el silencio, el enlodamiento de la memoria de las víctimas, el asedio a quienes denuncian, el olvido, el cansancio por la búsqueda de lo imposible, la certeza de que esta historia no tiene fin.

Que me busquen en el río nos permite asistir a los extraordinarios esfuerzos de resistencia de la población de Trujillo, y aparecen los testigos, los investigadores, los abogados, la utopía como estrategia para que el perdón no se constituya en olvido. La escritura como ejercicio de exorcización, la literatura como posibilidad de reconstruir el tejido social y dejar presente los atisbos de esperanza. La novela de Adelaida Fernández es un granito de arena, tal como ella misma lo define en el texto: *Nada tiene qué ver uno con lo que sucede, todos somos Pilatos, todos nos lavamos las manos varias veces al día, quedan limpias para tocar la conciencia... Uno piensa que nada tiene qué ver. Sin embargo, está el granito de arena en el que todos creemos y es perfectamente coherente con el asunto del lavatorio... todos nos lavamos las manos todos los días con el granito de arena... Pero puede ocurrir que el mencionado personal mineral caiga dentro de un ojo, cause una molestia enorme, lastime, se haga necesaria la acción de la oftalmología. Entonces un grano de arena trascendió su playa* (Pág. 92)